

## Asamblea de Delegados de Medios de Comunicación Diocesanos. Homilía. (27.1.2015)

Querido Presidente de la Comisión Episcopal de MCS, Don Ginés, queridos obispos, D. Salvador..., Queridos Delegados, colaboradores, hermanas y hermanos. Bienvenidos a Ávila.

Os agradezco que hayáis elegido esta ciudad para celebrar el Jubileo, en medio de vuestra Asamblea. Aquí recibiréis, recibiremos todos, la gracia jubilar, es decir, el encuentro sacramental con el Señor, que nos concede la indulgencia plenaria, aplicable a vivos y difuntos. Me siento feliz de acompañaros en esta celebración.

El tema central de vuestra reflexión estos días es el papel que la comunicación juega en el desarrollo de la Familia, como lugar de encuentro. Nos hallamos precisamente en el lugar donde Santa Teresa de Jesús nació y vivió en familia durante los primeros años de su existencia. Propiamente, hasta los dos años salió de esta casa, en contra de la voluntad de su padre, para ingresar en el convento de la Encarnación. De aquí salió también, a los dieciséis años, conducida por Don Alonso, al cercano monasterio de las Agustinas de Gracia, donde se encontró con la Hermana María de Briceño, quien le abrió el camino de su vocación religiosa.

En esta homilía quisiera hablar, por tanto, de este lugar como familia de Teresa; y de la razón de ser de su vida, que no fue otra sino su permanente encuentro con el Señor.

### 1. UNA FAMILIA PARA NACER

Teresa nace en Ávila el 28 de marzo de 1515, al comienzo de la primavera. Sus padres Don Alonso Sánchez de Cepeda y D<sup>a</sup> Beatriz de Ahumada viven al oeste de la ciudad, intramuros, en la casa de la Moneda, junto a la parroquia de Santo Domingo. Hoy, en el lugar donde ahora nos encontramos, está el convento de los carmelitas, y la alcoba donde nació: es una capilla muy visitada y bellamente restaurada, presidida por la imagen de Gregorio Fernández.

Su padre anotó en un cuaderno la fecha del nacimiento: *«En miércoles, veinte e ocho días del mes de marzo de quinientos e quince años, nació Teresa mi fija, a las cinco horas de la mañana, media hora más o menos, que fue el dicho miércoles casi amaneciendo. Fueron sus compadres Vela Nuñes y la madrina doña María del Águila, hija de Francisco de Pajares»*<sup>1</sup>.

Su bautismo tuvo lugar en la parroquia de san Juan Bautista, muy cerca de esta casa, días más tarde, el 4 de abril, aunque no ha quedado documento que lo acredite, pero sí la pila bautismal. Era la mayor de las hijas y la pusieron por nombre Teresa, como su abuela materna, y el apellido de la madre, según costumbre de la época. Ella firmaba “Teresa de Ahumada” hasta que cambió su nombre por *Teresa de Jesús*. La parroquia de San Juan acogerá la próxima exposición de Edades del Hombre “Teresa de Jesús, Maestra de oración”.

Teresa describe así a sus padres: *«El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara. Era mi padre aficionado a leer buenos libros y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos... Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos y aun con los criados; era de gran verdad<sup>2</sup>. Jamás nadie le vio jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera»* (V 1,1). Y de su madre dice: *«Mi madre también tenía muchas*

---

<sup>1</sup> BMC, II p. 91.

<sup>2</sup> Teresa remite con frecuencia a la “verdad”: verdad de su familia, de sus raíces, de su creencia, de su fe original. La Verdad que sustenta su verdad, su fe, la aventura de su vida, su gran obra de Reforma del Carmelo.

*virtudes y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad. Con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso de ella, porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad. Muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió. Murió muy cristianamente» (V 1,1-2). Teresa fue privilegiada con buenos padres cristianos, honrados y virtuosos, cuidadosos de sus hijos: «Cuando voy a quejarme de mis padres, tampoco puedo, porque no veía en ellos sino todo bien y cuidado de mí bien» (V 1,8).*

La familia de Teresa, una familia numerosa con doce hermanos. Su padre casó dos veces, en primeras nupcias con Doña Catalina del Peso y Henao, que a los dos años moría, dejando dos hijos, y en segundas nupcias con Doña Beatriz, madre de Teresa. Tuvieron diez hijos: «Éramos tres hermanas y nueve hermanos. Todos parecieron a sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, si no fui yo, aunque era la más querida de mi padre... Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios» (V 1,4). A todos quería mucho, aunque con preferencias: «Tenía uno casi de mi edad..., que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí» (V 1,4). Se trataba de Rodrigo, que jugaba a hacer ermitas, y le acompañó en su aventura infantil hacia el martirio.

También era una familia muy religiosa. Era frecuente en su tiempo la devoción a la Virgen y a los santos: «*Mi madre tenía de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de nuestra Señora y de algunos santos...*» (V 1,1). De su madre aprendió a rezar el rosario y otras oraciones: «*Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo*» (V 1,6).

Con apenas nueve años lee vidas de mártires, de la biblioteca paterna, que inspiran su deseo de martirio: «*Juntábamnos entrambos a leer vidas de Santos*» (V 1,4), hasta el punto que improvisa una huida de casa para morir mártir y ganar el cielo: «*Como veía los martirios que por Dios las santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo, y juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertábamnos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabzasen. Y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad*» (V 1,4).

Al perder la posibilidad de alcanzar el martirio, Teresa desea vivir como ermitaña: «*De que vi que era imposible ir a donde me matasen por Dios, ordenábamnos ser ermitaños; y en una huerta que había en casa procurábamnos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas pedrecillas que luego se nos caían, y así no hallábamnos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa*» (V 1,6). Todo era efecto de la vida de piedad que se respiraba en casa.

La familia sufrió una pérdida irreparable. Muere su madre cuando Teresa tenía doce años; fue un duro golpe que estremeció su alma y la de toda la casa. Al tomar conciencia de lo que había perdido, Teresa se dirigió a la Virgen de la Caridad para pedirle que sea su madre: «*Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuime a una imagen de nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a ella y, en fin, me ha tornado a sí*» (V 1,7). Esta imagen de la Virgen se venera hoy en la Catedral de Ávila.

Se hicieron varios retratos de la Santa. Nos queda uno, pictórico, hecho en Sevilla, y otros varios literarios provenientes de testigos que la conocieron y trataron de cerca. La pintura la hizo Fray Juan de la Miseria en Sevilla, con ocasión de la fundación; obedeciendo una orden del P. Gracián, se deja retratar por el Hno. Juan. Es conocida la reacción de Teresa ante la obra: «*Dios te perdone, Fray Juan, que después de tanto hacerme posar me pintaste al fin fea y legañosa*»<sup>3</sup>.

Otros retratos son descripciones literarias de personas cercanas. Así, María de san José, hija predilecta de Teresa de Jesús, hizo un retrato de su querida Madre con ojos de mujer: «*Era esta santa de mediana estatura, antes grande que pequeña. Tuvo en su mocedad fama de muy hermosa y hasta su última edad mostraba serlo. Era un rostro no nada común, sino extraordinario, y de suerte que no se puede decir redondo ni aguileño; los tercios de él iguales, la frente ancha e igual y muy hermosa; las cejas de color rubio oscuro, con poca semejanza de negro, anchas y algo arqueadas; los ojos vivos, negros y redondos, no muy grandes, más bien puestos. La nariz redonda y en derecho de los lagrimales para arriba, disminuidas hasta igualar con las cejas, formando un apacible entrecejo... Era gruesa más que flaca, y en todo bien proporcionada; tenía muy lindas manos, aunque pequeñas; en el rostro, al lado izquierdo, tres lunares... en derecho unos de otros, comenzando desde abajo de la boca el que mayor y otro entre la boca y la nariz y el último en la nariz, más cerca de abajo que de arriba. Era en todo perfecta como se ve por un retrato que al natural sacó fray Juan de la Miseria, un religioso nuestro*»<sup>4</sup>. Este relato nos acerca a la figura de Teresa de Jesús: a su vida familiar, amable, fraterna, educativa, religiosa. De esta raíz, de este ambiente, nació y creció la santa universal Teresa de Jesús.

## 2. PARECIÁME ANDAR SIEMPRE A MI LADO JESUCRISTO (V 27,2)

Todos conocemos que en el arte de la oración Teresa de Jesús alcanzó las más altas cimas, y la más honda intimidad. El convento de San José fue el lugar adecuado para la comunión de vida más honda con el Señor. Partiendo de aquella experiencia en la Encarnación al encontrarse con la imagen de un Cristo muy llagado que la conmovió, «*en mirándola toda me turbó de verle tal porque representaba muy bien lo que pasó entre nosotros*» (V 9,1), Teresa se sentiría permanentemente en la presencia de Dios: «*Acaecíame en esta representación que hacía de ponerme cabe Cristo un sentimiento de la presencia de Dios que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, o yo toda engolfada en Él*» (V 10,1).

Esta presencia envolvente de la divinidad se centraba particularmente en la persona de Jesucristo, «*libro vivo, en el que se ven verdades y deja imprimido lo que se ha de leer y hacer de manera que no se puede olvidar*» (V 26,6). «*... Vi cabe mí, o sentí –por mejor decir- que con los ojos del cuerpo ni del alma no vi nada, mas parecíame que estaba cabe mí Cristo y veía ser Él que me hablaba... Parecíame andar siempre a mi lado Jesucristo*» (V 27,2). «*De ver a Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy día; porque para esto bastaba sola una vez, ¡cuánto más tantas como el Señor me hace esta merced*» (V 37,4).

La persona de Jesús fue la razón de ser de toda su vida. Teresa tiene una experiencia viva de encuentro con Él. Cristo la mira y se siente mirada, le escucha y dialoga con Él, le recibe

<sup>3</sup> Steggink, Orger y Efrén de la Madre de Dios, Tiempo y vida de santa Teresa, BAC 1977, 690.

<sup>4</sup> María de san José, Libro de recreaciones, recreación octava, Roma 1979, 188.

cuantas veces puede en el sacramento de la Eucaristía. Ella es “de Jesús”, Teresa de Jesús, una parte inseparable de Cristo. Sin Él no puede vivir, no puede respirar.

Pero la permanente y entrañable unión con Cristo no le alienaba de la realidad, por el contrario le llevaba a un mayor sentido de lo real y deseo de cumplimiento de la voluntad de Dios: «¡Ay, hija, que pocos me aman con verdad!, que si me amasen no les encubriría Yo mis secretos. ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a Mí» (V 40,1). Y describe muy frecuentemente su impresión en el encuentro con el Señor: «Quedóme una verdad de esta divina Verdad que se me representó, esculpida, que me hace tener un nuevo acatamiento a Dios... y así entendí qué cosa es andar una alma en verdad delante de la misma Verdad» (V 40,3). La existencia cristiana no consiste en algo distinto que «andar en verdad porque Dios es suma Verdad» (M6 10,7). Toda la realidad de su vida, toda su existencia queda iluminada y transformada por la mirada de Jesús.

### 3. LA ORACIÓN, APOSTÓLICA

Por eso, la oración para ella tenía finalidad apostólica. En la oración, trato de amistad con Dios que sabemos nos ama, descubre a Cristo como amigo que le lleva al servicio de la Iglesia, a realizar los grandes proyectos de la Reforma del Carmelo, superando toda clase de obstáculos y dificultades. En su mensaje con motivo del Año jubilar, el Papa Francisco presentaba a Teresa como modelo de mujer andariega que nos invita a recorrer con ella los caminos que nos conducen al Señor: El camino de la alegría y del servicio, el de la fraternidad, el camino de la oración y la preocupación por el tiempo en que vivimos. Ella sigue siendo hoy modelo para nosotros.

Que esta celebración jubilar nos lleve a renovar nuestra vocación de comunicadores del plan de Dios sobre la familia. Y que esta comunicación nazca de nuestro encuentro vivo, permanente con Jesucristo.